

La clase medianera

La dificultad acaso mayor para que se planteen — no ya para que se resuelvan — como deben plantearse las luchas entre el capital y el trabajo, o mejor, entre los capitalistas y los trabajadores, es la existencia del intermediario entre unos y otros, del que ni es en rigor capitalista, aunque maneje un capital, ni es en rigor trabajador, aunque trabaje. Los conflictos entre el puro capitalista, entre el que no es otra cosa, entre el que no vive sino de la renta de su capital o de su tierra, y el puro trabajador, el que sólo vive del salario, estos conflictos serán siempre los más claros, los más decisivos, los más resolutivos. La interposición del empresario, del que sirviéndose de capital ajeno, al que paga su interés, emplea obreros a los que paga sus salarios o jornales, no hace sino embrollar el conflicto y dificultar su mejor resolución.

En nada se ve esto más claro que en la agricultura. Los renteros o colonos, los que trabajan tierra ajena, a cuyo dueño pagan renta, y que la trabajan con gañanes, labriegos y braceros a que tienen que dar sus jornales, esos renteros o colonos son el obstáculo más grande para la mejora de la industria agraria. Alguno de ellos nos ha dicho que se halla entre el yunque y el martillo, a lo que le contestamos que hay que ser o yunque o martillo. «Al pobre colono — decíanos uno de ellos — le aprietan sus criados, sus obreros, los braceros que emplea, exigiéndole más jornal, y le aprieta el amo exigiéndole más renta. Los segadores — nos decía — me piden más, mucho más que antes; el precio del trigo sube, y al amo, al propietario de la tierra, le tengo que pagar el trigo.» «Pues eso se resuelve — le contestamos — cuando desaparezcan ustedes los colonos.» «¿Y cómo?» — nos preguntó. — «¿Cómo? Que el que tenga un violín lo toque, y si no lo sabe o quiere tocar que tenga que venderlo para que lo toque otro; que o ustedes los colonos compren las tierras que labran y las labren como suyas o que se pongan a labrarlas sus amos.»

Y es lo que empieza ya a suceder. Ciertos propietarios o terratenientes están ya vendiendo sus tierras a sus antiguos colonos o a las veces a los pueblos mismos que las labran, y otros terratenientes, y más de un latifundista, se disponen a cultivar por su propia cuenta y riesgo sus tierras, poniendo técnicos al frente de ellas, a los que darán sueldos en vez de recibir rentas de colonos, y además del sueldo una participación acaso en los beneficios. Y más de un colono de hoy se redimirá el día en que en vez de tener que pagar una renta al dueño de la tierra reciba de él su salario y acaso la parte que le corresponda si entrega al señor su pequeño capital móvil.

Suele decirse por aquí que el pequeño propietario es peor que el grande para el bracerito, y no estamos lejos de creer

que esta sentencia es justa; pero peor que el propietario, que el terrateniente, pequeño o grande, es el colono, y peor que todos el puro y mero terrateniente, el dueño de la tierra, que ni la hace labrar y cultivar por su cuenta, que ni la conoce acaso, y que cobrando su renta, tasada al precio del trigo, no distingue éste no ya de la cebada, mas ni aun de la avena y acaso ni de la lenteja.

Sabemos de algún gran terrateniente de esta provincia, de uno de los grandes de España de más ilustre y rancio abolengo, el cual, por supuesto, no habita aquí, de quien se dice que piensa hacer cultivar sus fincas en grande, por los procedimientos más refinadamente industriales, y por ingenieros agrónomos que tendrá a sueldo. Los braceros y gañanes y labriegos y pastores que se ocupen en esas tierras estarán, para plantear sus demandas y para resolverlas, en mucho mejores condiciones que están hoy con los colonos. Y a la larga si un día se llega al colectivismo agrario se llegará más pronto y mejor a él con la supresión del rentero.

«Hay que dar la batalla», dice y repite una parte, la menos cuerda, de la llamada burguesía — ¡ojalá lo fuera! — española. Y al hablar de dar la batalla refiérense a dársela a los jornaleros, a los braceros, a los obreros, y no es a éstos a quienes se la tienen que dar, sino a los meros capitalistas, a los que no viven sino de arrendar tierra o de prestar capital. Y tienen que dársela haciéndose ellos dueños de lo que hacen trabajar.

Y además asociándose, pero no para resistir las demandas de sus jornaleros, sino para disminuir o anular, si es posible, el terrible roce y desgaste de su propia concurrencia. Conocemos en alguna ciudad algún obrero que se hizo maestro de obras, acaso para que le llamen patrón, y que anda peor, mucho peor que los obreros a que ocupa, pues éstos no tienen las deudas de él, y sabemos de más de un comerciante — ¡comerciante! — que prefiere tener tienda de la que diga que es suya, y es de sus acreedores o de un usurero, y caminar así a una quiebra segura, antes que ser dependiente bien retribuido de una gran empresa mercantil.

Mucho de lo que aquí se llama clase media, y que no es sino un proletariado con pequeño capital que le sirve tan sólo para arruinarse, no es clase media, sino clase medianera. Está entre el capitalista que no es sino capitalista; entre el que presta tierra a renta o numerario a interés, y el obrero que no es más que obrero, el que presta su trabajo a jornal o salario. Y es esta triste y lamentable clase la que más se queja de las proporciones que va alcanzando el conflicto y la que más habla de dar la batalla. Pues bien; no irá habiendo en España verdadera clase media, verdadera burguesía, sino a medida que vaya desapareciendo esa clase mediana. El que tenga violín que lo toque, y así se llegará a que quien sepa tocar el violín lo adquiera propio.

Miguel de UNAMUNO.

